

LO ACTUAL Y LO PERMANENTE EN LA CUESTION POLITICA DE TUNEZ

La cuestión política de Túnez, que desde los comienzos de este año ha pasado a figurar entre los problemas internacionales de actualidad más o menos permanente, parece algo nuevo cuando se considera desde el punto de vista de esa misma actualidad, destacando en ella la parte polémica del pleito que ahora separa a franceses y tunecinos. No es, sin embargo, ni nueva ni aislada, pues si por una parte lo agudo y violento de la situación reciente representa sólo una etapa más ruidosa de una evolución hace tiempo iniciada en el marco local menos resonante, por otra parte los destinos de Túnez no interesan sólo a este país árabe y a Francia, sino, en cierto modo, a todos los países del mar Mediterráneo, en el cual la Regencia de Túnez ocupa un emplazamiento central esencial. Y aun reduciéndose a destacar sólo el interés parcial del área geográfica norteafricana, resulta que en ella Tunicia representa el punto de mezcla y puente entre lo berberisco, por el lado Oeste, y las influencias egipcias, turcas y de Asia Menor, por el Este, lo cual viene notándose desde los siglos remotos en que Túnez era Cartago. Así también, a lo largo de la Historia medieval y moderna, ese país central pudo recoger y sintetizar todas las esencias de la civilización arábigo-islámica, especialmente las procedentes de Andalucía y las del Nilo. Y cuando las tropas francesas lo ocuparon inesperadamente de 1881 a 1883, aún conservaba sus tendencias internacionalistas mediterráneas, ya que la Regencia estaba dirigida por una nobleza y una burguesía en las que las sangres árabe y berebere se mezclaban a la de españoles, turcos, italianos, balcánicos, etc.

Al establecerse el Protectorado francés el 8 de junio de 1883, en virtud de la Convención de la Marsa, Túnez acababa de perder su independencia respecto al Imperio turco de Estambul, del que los semi-soberanos locales tunecinos, o Beys, eran considerados sólo como Virreyes hereditarios. Por otra parte, Túnez tenía una vinculación de relaciones preferentes con Italia, no sólo por la vecindad, sin porque de Italia habían llegado amistosamente al país de los Beys los primeros elementos que ayudaron a la modernización en agricultura, comercio y técnica. Fran-

cia había conseguido preparar sus planes de ocupación desde que en la Conferencia de Berlín de 1878 logró que Alemania e Inglaterra descartasen la oposición del Sultán de Estambul e hicieran vana la oposición italiana. Pero como aún pesaba la sensación de que Túnez estaba ligado a otros sitios exteriores, en vez de extender allí el dominio directo de Argelia, Francia hubo de limitarse a hacerse cargo de las reformas financieras, administrativas y técnicas en curso o en proyecto, así como a hacerse responsable de garantizar los tratados existentes entre la Regencia beylcal y las diferentes Potencias. El Residente General, representante del Poder francés en Túnez, era al mismo tiempo ministro de Asuntos Exteriores del Bey, el cual no perdió su calidad de Jefe del Estado, sino que la delegó obligadamente. Además, el Bey se comprometió a no realizar ningún acto internacional sin dar conocimiento al Gobierno francés.

Por el estilo de compromiso intermedio entre la ocupación y el dominio, así como por ese carácter natural que los tunecinos tienen para recoger ideas nuevas, desde 1904 fué Túnez el primer país de lengua árabe del mundo en el que surgió un movimiento nacionalista. Ese movimiento fué sucesivamente representado por el partido «Joven tunecino», de 1907 a 1911; por el «Liberal Constitucional» o «Destur» (más tarde llamado «Viejo Destur»), de 1920 a 1933, y por este partido, a la vez que su concurrente más activo y numeroso, el «Neo Destur», desde 1934 hasta hoy. El nacionalismo estuvo estimulado antes de proclamarse la República turca desde Estambul, donde iban a refugiarse los jefes políticos tunecinos deportados. Luego, en Roma, hubo con frecuencia tendencias a unir las reivindicaciones de los intereses italianos en Túnez con simpatías hacia la causa de los tunecinos. Este último vino a parar, naturalmente, en que durante la ocupación militar del Eje, entre diciembre de 1942 y marzo de 1943, Italia y Alemania reconocieron a Túnez como país independiente, sólo provisionalmente ocupado, acreditando representaciones diplomáticas ante el Bey y permitiendo a éste la formación de un Gobierno tunecino libre con elementos palatinos independientes y del «Viejo Destur», bajo la presidencia de Mohamed Cheniq, jefe del pequeño partidillo «Reformista», compuesto de notables.

La segunda ocupación francesa, efectuada en mayo de 1943, no pudo borrar del todo los efectos de aquel episodio de los ítalo-alemanes, y a ello contribuyeron, desde 1945 a 1950, nuevos factores alentadores para los tunecinos, como la coordinación de esfuerzos entre los movimientos nacionales de los tres trozos norteafricanos en los que actúa Francia (o sea Marruecos, Túnez y Argelia); la fundación de la Liga Árabe en El Cairo, y la decisión por la O. N. U. de proclamar la independencia de Libia, que prolonga al Sur el suelo tunecino, y que está en atrasadas condiciones, tanto políticas como culturales, mientras que los tunecinos,

con un predominio de directivos bien preparados, se consideran mucho más capacitados para ser independientes que sus vecinos.

Todo esto, junto con la necesidad de que la cuarta República francesa tiene que desarrollar lo más de prisa posible el sistema llamado de la «Unión Francesa», en el cual sus ex posesiones y colonias se articulan flexiblemente, dejando un apartado para la fórmula de «Estados asociados», ha hecho que desde 1949 (es decir, precisamente desde que la Organización de las Naciones Unidas acordó la independencia de Libia) los Gobiernos de París iniciasen la concesión de una serie de reformas escalonadas que gradualmente debían conducir a lo que se calificó como «independencia interna». Después de un Gobierno tunecino-francés de transición, que duró desde julio de 1947, dichas reformas habían sido pedidas directamente en París por el jefe del partido «Neo-Destur», es decir, por Habib Burquiba, el cual obraba con el beneplácito del Bey, y veía que gran parte de las aspiraciones tunecinas generales eran compartidas por el entonces Residente General, Jean Mons. Buscando una fórmula de transición entre los intereses puramente franceses y los de los tunecinos, fué enviado en junio de 1950 como nuevo Residente el general Louis Perillier, el cual, desde el 7 de agosto, autorizó la formación de un nuevo Gobierno mixto con ministros tunecinos y franceses, bajo la presidencia del mismo Mohamed Cheniq, que lo fué en tiempos del Eje. Los ministros del país en ese Gabinete tenían a la vez la misión de ser quienes negociasen el establecimiento de un régimen constitucional por etapas sucesivas. Dichos ministros se repartían entre palatinos, independientes y neo-desturianos, aparte del presidente, que era el jefe reformista. Pero la duplicidad de funciones y la supervivencia de un organismo de estrecho control francés (es decir, el secretario general del Protectorado) dificultaban sus actuaciones, por lo cual, en febrero de 1951, el Consejo de ministros francés en París accedió a que se implantase un plan calificado de definitivo, que confería a los tunecinos un principio de predominio en la gestión de sus propios asuntos y hacía del régimen del Protectorado un efectivo condominio franco-árabe.

Francia no negaba el principio de que Túnez recobrase una independencia futura, pero la subordinaba a que fuese mediante la vinculación exterior a la Unión Francesa, y respecto al tiempo, la hacían preceder por un período más o menos largo de transición, durante el cual: *«l'autorité doit être entre Français et Tunisiens»*, según decía en París la prensa oficiosa. Los tunecinos acogieron bien esta solución, a pesar de que aplazaba indefinidamente sus deseos de emancipación, y la fórmula de febrero de 1951 fué recibida entre la población árabe con verdadera satisfacción. Pero los funcionarios y colonos franceses o neo-franceses establecidos en el Protectorado, donde gozaban de ventajas privilegiadas, no se resignaron a quedar equiparados a los tunecinos, y los dirigentes de dichos funcionarios y colonos comenzaron una activa campaña cerca

de sus amigos parisienses con el objeto de que no se aplicasen las reformas iniciadas. Por eso, después de que el Gobierno Cheniq presentó, en marzo y abril, sucesivas protestas al Residente General, el mismo Bey, en un discurso del Trono que pronunció el 5 de mayo, no sólo expresó el deseo de que se procediese a nuevas negociaciones, sino que pidió se concediese al pueblo representación por medio de instituciones elegidas, y dijo que las futuras relaciones entre Francia y Tunicia habrían de establecerse en plan de alianza (es decir, no de Protectorado). Todo esto, después de promover grandes remolinos de discursos, discusiones y comentarios, fué a parar en que Mohamed Cheniq se trasladase a París en octubre para discutir directamente con el Gobierno de Francia las nuevas reivindicaciones tunecinas, que ya no se reducían a pedir la aplicación completa de lo acordado en febrero de 1951, sino también el predominio del país en instituciones parlamentarias y municipales, así como en los organismos administrativos, sin dejar por eso de conservar elementos administrativos de nacionalidad francesa. En cuanto a los colonos, se aceptaba su permanencia, pero sólo como extranjeros residentes y no como dirigentes.

La labor de Cheniq hubo de terminar bruscamente después de una nota oficial que el Quai d'Orsay dió el 15 de diciembre, y en la cual, además de decirse que el Gobierno francés estimaba esencial que los franceses de Túnez participasen directamente en el funcionamiento de las instituciones políticas, se decía que las relaciones futuras de Francia y Túnez únicamente podían estar fundadas sobre «el reconocimiento del carácter definitivo del lazo que las une». Frase que fué interpretada por los tunecinos como un intento de abolir el principio de soberanía tunecina, que los tratados de 1881 y 1883 habían dejado a salvo. A la vez fué sustituido Perillier (por demasiado favorables a los tunecinos) por un nuevo Residente, Jean de Hauteclouque, representante de un reforzamiento de la acción de París, el cual, al llegar a Túnez, pidió al Bey que destituyese al Gobierno Cheniq, y como el Bey se negase, el Residente procedió, el 18 de enero, a detener a los dirigentes del partido «Neo-Destur», que actuaba como portavoz popular, comenzando entonces en todo el país una serie de sucesos sangrientos, con choques entre manifestantes y tropas francesas, huelgas generales, etc., que duró intermitentemente hasta fines de febrero, y cuyos detalles fueron publicados por la prensa diaria en todas partes. A la vez, dos ministros tunecinos se dirigían en París al Secretario General de la O. N. U. pidiendo que se investigase la situación, lo cual no consiguieron a pesar de que los delegados de los países de la Liga Arabe apoyaron la gestión cerca de Trygve Lie.

A última hora, lo violento de la situación había cedido el paso a un compás de espera, durante el cual el tema central era saber cuándo, dónde, con quién y en qué sentido se reanudarían las conversaciones franco-tunecinas. Se preveía, como solución inicial, la creación de una

Comisión mixta de representantes del Gobierno francés y otros del Bey, que, con carácter más técnico que político, emprendiera la discusión sobre el sentido y el contenido de la obra reformadora, dejando que entre tanto el Gobierno tunecino existente vaya desempeñando sus funciones administrativas habituales. Sobre la creación de dicha Comisión mixta que el Residente General ha propuesto, no tienen los tunecinos inconveniente; pero piden que se tome como punto de partida de la reanudación el estado de cosas de febrero de 1951, mientras que los Gobiernos de París prefieren partir de la nota del 15 de diciembre. Entre tanto, el oficioso parisién *Le Monde* ha apuntado la posibilidad de que si sus Gobiernos persisten en mantenerse circunspectos y restringidos sobre los poderes al Ejecutivo tunecino, estarán, en cambio, dispuestos a mayores concesiones en lo representativo, yéndose incluso hacia el establecimiento de una Asamblea legislativa elegida.

En todo caso, la mayor dificultad inicial sigue siendo la actitud de los franceses y neo-franceses establecidos en el Protectorado, los cuales siguen presionando sobre la metrópoli para conservar su actual preponderancia. Cosa que los partidos políticos tunecinos no admiten, aunque acceden a que esos franceses y neo-franceses no pierdan sus derechos de establecimiento en el país.

Para los gobernantes de París, lo esencial es saber cuáles serán los medios más eficaces de asegurar, de un modo u otro, la llamada *présence française*. Sean éstos violentos, contemporizadores o de concesiones completas, no parece posible que puedan anular de ningún modo las líneas generales de la convención de 8 de junio de 1883, la cual, según definiciones oficiales procedentes de París, «mantenía la soberanía del Bey intacta en su principio, aunque bajo tutela francesa». Esa palabra de tutela marca la línea general de evolución media posible, la cual conduciría, por lo pronto, a los tunecinos a una situación legal semejante a la del Viet-Nam, Cambodge y Laos. Aunque subsiste la imposibilidad jurídico-religiosa musulmana de que el Bey, como Jefe de Estado islámico, pueda figurar en calidad de miembro de una asociación que dirige un Presidente de República laico. Sin embargo, los jefes políticos tunecinos, incluso los neo-destur y los de la Federación de Sindicatos Arabes (o sea los dos grupos más acentuadamente nacionalistas), siguen diciendo que no quieren romper totalmente con Francia, pero desean que la asociación sea concertada y no impuesta.

Exteriormente constituye un estímulo a este empeño de los tunecinos la actitud oficial de Norteamérica, pues ya a fines de enero, aun sin referirse concretamente a la acción francesa en Túnez ni a la inglesa en Egipto, Acheson insistía en que la seguridad de las llamadas Potencias occidentales sólo podría basarse en el Mediterráneo sobre la amistad de los pueblos árabes, no sobre su hostilidad ni su decepción. De hecho, esa opinión responde a la tendencia anticolonial, tan arraigada en los

medios dirigentes de Wáshington, respecto a que la defensa en el Próximo Oriente y los demás territorios con él relacionados sólo puede ser eficaz si tiene raíces en los mismos países que se trata de defender. En el caso concreto de Túnez, se ha visto, además, fuera de lo oficial estadounidense, que periódicos como el *Washington Post* (el cual suele adoptar posiciones favorables a Francia) ha dicho, respecto a Túnez, que, dada la pobreza actual predominante en Túnez, todas las concesiones hechas resultan insuficientes, a la vez que ha elogiado con inesperado fervor la figura del jefe del partido «Neo-Destur», Habib Burquiba. También en publicaciones inglesas de carácter objetivo se ha destacado cómo los tunecinos no son un pueblo belicoso y tienen reputación de ser los árabes más «latinizados», destacando cómo incluso sus jefes políticos son a veces tan fuertes en pensamiento francés como en pensamiento arábigo. Por último, hay que hacer constar cómo en publicaciones técnicas francesas de temas norteafricanos y análogos se ha recogido sobre Túnez la opinión de ciertos medios ginebrinos referentes a la «emancipación progresiva de las naciones asistidas, como Túnez, lo cual es una necesidad humana y política». Hay que referirse también al benévolo interés con que la causa árabe tunecina se sigue en Italia (país del que residen en Tunicia unas cien mil personas), y se cita, aunque sea demasiado sabido, el apoyo constante de los países de lengua árabe e incluso de la misma Turquía, que siente vivos los lazos familiares con los tunecinos.

Todo esto viene a parar en que lo actual y lo permanente en la cuestión de Túnez sirven igualmente para destacar cómo ese país mediterráneo, a pesar de su pequeño tamaño, su relativa escasez de recursos y el tranquilo temperamento de la mayor parte de sus habitantes, es uno de los centros políticos más vivos de todo el mundo árabe, no sólo por su situación geográfica central en el mar clásico, sino por el extenso círculo de contactos exteriores que los tunecinos han establecido exteriormente, incluso hasta Indonesia y Filipinas. Tunecinos han sido quienes han hecho nacer los movimientos nacionales en el resto de Africa del Norte (Marruecos, Libia, Argelia). Los jefes de sus partidos son recibidos con honores en todos los Congresos musulmanes o de países medio-orientales. La famosa Universidad de El Cairo, llamada Al Azhar, que es la cabeza jurídica del Islam, conserva aún la huella de sus orígenes tunecinos. Todo esto en cuanto a sus enlaces islámicos; pero también hacia Occidente, Túnez representa un papel de vanguardia que justifica el interés despertado en América. Y respecto a la perspectiva desde Madrid, además de las conexiones amistosas de los tunecinos con el Protectorado español en Marruecos y del mediterraneísmo en general, hay la curiosa circunstancia de que allí la mayor parte de sus familias intelectuales y artesanas son de origen español, pues suelen descender de los moriscos que salieron en 1610.

RODOLFO GIL BENUMEYA